

voluntad consigue todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía mi imaginación, que pinta á mis ojos con cierta realidad los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Neron, rompiendo la mesa de comer y quebrando sus más preciados vasos á la noticia de la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los piés de su enemigo, ó mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin más patrimonio que su cítara ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus cortesanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta á las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias cuando tantos le habían seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto roto, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre esparcidas por las áuras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber ¡él! que había pasado su vida en el regalo y en la abundancia; llegando por último á la casa de uno de sus esclavos, y tendiéndose en un pobre colchon sin osar darse pronta muerte; y allí, agitado por sus dolores y remordi-

mientos, aprendiendo de los labios de un sér compasivo la muerte que le decretaba el infame senado en cuanto le veía vencido, y que consistía en serrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas; mirando su propia sepultura á su vista cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con esfuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira, oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se libre de la venganza del senado, y entonces, como poseído de un vértigo y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdiera en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y á la última luz de su vida vé á sus verdugos que aparecen á la puerta y que se lanzan sobre su cuerpo todavía caliente, para arrojarlo como presa codiciada á sus implacables enemigos, que vivo y poderoso le adularon y le maldecían vencido y muerto. Pero no se crea, señores, que las maldiciones contra Neron eran universales, no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no; algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Neron se dolían de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exequias fueron lujosísimas; y su cuerpo fué envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro; y su sepulcro se alzó en la colina

de los jardines, dominando á Roma, tallado en mármoles y pórfiro; y su retrato apareció un día en la Tribuna de las arengas; y el rey de los Partos pedia desde su apartado Imperio que el mundo honrase la memoria de Neron; y todos los días sobre su tumba aparecían coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Neron mucho después de su muerte, ganóse partidarios en el Imperio; y algún emperador subió al trono porque en su frente se veía resplandecer el reflejo de Neron, alma de artista, maldecida de Dios por haber osado romper el límite infranqueable, donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza.

¡Qué cambio tan súbito y tan universal en el Imperio! El reinado de Neron había sido el reinado del epicureísmo romano, fácil y lijero; había sido, en una palabra, la apoteosis del sensualismo. Aquella sociedad, cansada de luchar y reluchar, caía sin fuerzas en el lecho de los festines, cubierta de flores, dejando errar un cántico voluptuoso por los labios, en una mano la lira vibrando notas de placer, en la otra la copa llena de hirviente licor; y á pesar de tanta alegría, la inteligencia triste y el corazón desgarrado por un presentimiento de muerte. Yo veo la imagen del estado de aquella sociedad admirablemente representada en un festín. El placer todo lo domina; el romano ves-

tido de blanca túnica se tiende perezosamente en su lecho; coronas compuestas de yedra, amarantho, violetas, rosas, nardo y azafran rodean sus sienes y su garganta, para abrir con sus aromas y su frescura los poros y facilitar así las evaporaciones del vino; el aceite aromático arde en la hermosa lámpara que tiñe con sus reflejos todo el espacio del Triclinio; el rey del festín ofrece libaciones á los dioses y entona al compás de regalada lejana música cánticos religiosos; los esclavos elegidos entre los más robustos y hermosos de la ergástula corren aquí y allá, las manos llenas de platos ocupados con humeantes viandas; los niños de la casa, vestidos lujosamente de seda, renuevan el aire con abanico de fresco follaje; el cráter de plata rebosa vino de Falerno; bailarinas gaditanas, morenas, ardientes, danzan destellando de sus grandes rasgados ojos la luz de su hermoso cielo, y agitando su negra cabellera al compás que se mece como una caña combatida por el viento su flexible cintura; las jóvenes griegas, envueltas en largos velos, entonan cánticos de sus poetas en la lengua de los dioses; los esclavos imitan un gran combate; los histriones representan una pantomima; la bóveda del Triclinio se abre, y arroja flores entrelazadas con ricas coronas de oro, y dá libertad á raras aves, y llueve esencias y aguas olorosas que embriagan; pero, señores, á pesar de tantos placeres, de tanto lujo, de tanta alegría, se

vé en medio de la mesa la figura de un esqueleto para recordar al convidado que no hay en la vida nada tan seguro y tan real como la muerte.

Y á pesar de esto, aquella sociedad tan dada al placer y á la alegría iba á cambiar de faz completamente. De manos de un epicúreo pasa la sociedad corrompida á manos de un estóico; de la vida placentera á la vida austerísima y aun feroz. El carácter epicúreo de aquella sociedad no podia ser transformado tan pronto en carácter estóico. La ligereza de aquella vida muelle y regalada no podia avenirse bien con la severidad de los guerreros, que iban á dominar á Roma. El pueblo rey cayó tan bajo, que los extraños le impusieron un emperador. Por vez primera, el mundo dictó leyes á Roma en vez de dictar Roma leyes al mundo. Por vez primera se vió que los emperadores ya no necesitaban para pisar el trono ni aun hipócritamente invocar la autoridad del pueblo y del senado. Por vez primera, la cadena, que ligaba el Imperio con los tiempos antiguos, cayó hecha trizas á los golpes de las espadas de los pretorianos. El mundo sintió una congoja tan grande como si la vida se le acabara. El mundo conoció que la civilizacion elaboraba lentamente una nueva idea; que le deparaba la providencia un cambio de rumbo zozobroso en su inmortal destino. Al fin los emperadores que acababan de dominar el Imperio tenian una sombra de autoridad. La imágen del Capitolio y el númen

de la Ciudad Eterna los protegía con religiosa proteccion; el recuerdo de Augusto y de César resplandecía como una corona inmortal sobre sus frentes; el senado los habia visto nacer y el pueblo los habia aclamado al pié mismo del trono, como reflejos de su poder, como representantes de sus tribunos, como hijos predilectos de la plebe. Pero ¿quién era aquel nuevo emperador? Era un viejo moribundo. ¿Quién le habia levantado al trono? El ejército. Triste estado el de una sociedad, en que el ejército se apodera de todo poder y de toda autoridad, porque creyendo que solamente la fuerza puede resolver todos los problemas, cuando no allanan un obstáculo, ni vencen una dificultad fian derecho, autoridad, justicia, poder, al filo de la espada, que solo se satisface con sangre.

Roma se dolía de la inmoralidad de Neron y pretendía curar este mal con otra inmoralidad más grave. Neron habia ganado con espectáculos al pueblo, y sus enemigos con oro ganaban el ejército. No podia este camino acabar sino en profundo y pavoroso abismo. Los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, íntimos y propios de nuestra naturaleza; porque si buscan su alimento en el oro, en el placer, en algo extraño á las ideas de justicia grabadas por Dios en nuestra mente, producen, por necesidad, obras raquílicas y perversas. Así el nuevo Imperio, que se levantaba sobre la total ruina de la familia de los

Césares, sin tener el brillo ni la autoridad del antiguo Imperio, tenía en las entrañas un cáncer más profundo é incurable, la inmoralidad del ejército. El pretoriano, sin más idea que su propio medro, sin más móvil que el oro, levantaba y derribaba emperadores, y entregándose á toda la veleidad de sus tornadizos instintos, quemaba un dia lo que adorara otro, y se alistaba allí donde oia sonar, ó más dinero, ó más dulces y regaladas promesas. Y para más confundir el humano entendimiento con estos grandes misterios de la historia, el hombre destinado á representar tan extraordinaria y nueva fase del Imperio, era un viejo, sin fuerza, sin poder, sin movimiento; más preparado para la tumba que para el trono; un viejo, cuyos piés heridos por la gota no podían emprender una marcha, cuyas manos cansadas no podían manejar una espada, cuyo cuerpo devorado casi por sus males no podía sostenerse en un caballo, y cuyo espíritu, si bien conturbado y por la edad oscurecido, era más para regir por la ley una República severa y estóica, que para sostener por el arbitrio un desorganizado é inmoral Imperio.

Narremos, señores, los acontecimientos, seguros de encontrar en cada hecho una idea. La caída de Neron habia producido diversos y encontrados sentimientos en la gente romana. Placia ver rodar en el polvo tan altó poder á los senado-

res perseguidos y humillados por el César; á los patricios, que veían morir todos los dias sus privilegios y su poder; á los infinitos desterrados que desde lejanas playas convertían en vano sus ojos á Roma humedecidos por amargo llanto; á los soldados extranjeros, ufanos con ver sus lanzas extendidas sobre el Capitolio, y con tener bajo su tutela el mundo, que olvidado del derecho se rendía á la fuerza; pero al mismo tiempo desplacia y descontentaba la caída de Neron al pueblo, que le amaba por su franqueza, por su liberalidad, por sus instintos, y por ver en él un tan grande enemigo de sus eternos enemigos; á los jóvenes elegantes y licenciosos de la ciudad, que habian pasado una vida deliciosísima en festines y juegos, y pantomimas al lado del emperador; á los soldados de la ciudad mal avenidos con la funesta idea de verse reemplazados en poderío é influencia por los soldados extraños, y en general, á todas las gentes poco dadas á novedades, que si bien odiaban á Neron, conocían que Roma, como un moribundo que se mueve en su lecho, perdía ánimos y esperanza de salud á cada esfuerzo que hacía por remediar su dolorosa suerte. Pero á los que convenia tener satisfechos y contentos era á los soldados; indicio seguro de la perdición de una sociedad el querer satisfacer antes á la fuerza que á la justicia.

De acallar los clamores de esta gente se en-

cargó el infame Ninfidio Sabino, que adulator un día de Neron, como todos los aduladores, le abandonaba en la hora de los grandes infortunios. Ninfidio Sabino conoció que para mover el ánimo de aquellas gentes á respetar la obra de las extranjeras legiones que se habian sublevado contra Neron, no necesitaba hablarles de justicia, ni de derechos, ni de amor al Imperio romano; que no habia menester de aquella antigua elocuencia patricia, cuyo ardor encendia en santo entusiasmo los corazones, porque todo se habia perdido y se habia gastado en los últimos tiempos de la República, por el excepticismo que consumia á la sociedad romana; conoció que las palabras sacratísimas de los antiguos tiempos quemarian sus labios, sin animar la conciencia ni la voluntad de los soldados; y perdida toda idea de dignidad y justicia, les arrojó el cebo del dinero para ganarlos á la devocion del nuevo emperador, de Galba, prometiendo siete mil quinientas dracmas á cada jefe y doscientas cincuenta á cada soldado; promesas que realizadas y cumplidas, traerian la salud del nuevo emperador, pero la perdicion segura é inevitable del Imperio. ¡Triste sociedad, sin conciencia, sin derecho; entregada á todas las tempestades, falta de rumbo; incierta en sus ideas, llena de dolores y sin esperanza de remedio; volviendo siempre los ojos atrás y sin ver el camino que tenia delante; elaborando una idea de

derecho, pero sin conciencia de esta elaboracion para más angustia; suspensa entre dos épocas como el infeliz que padece un vértigo entre dos abismos, sin poder, ni aún para confiar sus dolores al cielo; entregándose en su desesperacion al arbitrio de legionarios feroces, á las intrigas de cortesanos indignos, á las cábalas de mercaderes infames!

El nuevo emperador Galba habia subido al Imperio por el camino de una sublevacion militar; camino sembrado de espinas, donde sólo podia encontrar males, ó cuando menos zozobras. Galba habia soñado con el Imperio, porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pureza era parte á matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la agena hacienda, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenia el orgullo de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imágen viva de la República; gobernador de extrañas provincias, no las oprimia pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia, pero el cielo le habia negado hijos; más sin vicios que con virtudes, como dice ádmirablemente Tácito; jurisconsulto entendido antes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues

á un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y á un tutor que habia matado á su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el Imperio á sus libertos y favoritos; incapaz de hacer daño, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina, pero sin fuerza para cumplir sus intentos; nacido para otra república menos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas; hubiera sido por universal consentimiento juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa ni su severidad bastante á curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al Imperio.

Galba debia levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado á Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia, y hasta de la insolencia de Neron; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veía con entusiasmo cómo Neron dispendiaba sus caudales, cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira;

recordaba lastimosamente que Neron era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los seres degradados y envilecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado á todo esto, no podia ver con buenos ojos á un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo ni dispuesto á juegos y fiestas y teatros; menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro, que daba con desprecio unos cuantos sextercios á un flautista, que revocaba donaciones de Neron, que comia lentejas, que se servia con platos de barro, que mataba á los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo á los soldados, que habia venido á oscurecer, ¿qué digo oscurecer? á matar la báquica alegría de Roma.

La entrada en Roma de este hombre habia sido ya funesta. Alguna gente principal habia pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos más que por la desgracia de los finados, por el desprecio que acusaban en el emperador hácia las antiguas prácticas de los tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Neron, que le acompañaban en sus festejos, en sus expediciones por el mar Tirreno, en sus viajes á Grecia, salieron al encuentro de Galba á pedirle el cumplimiento

de promesas neronianas, y fueron impiamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre, y por lo mismo cubierto de maldiciones en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos más íntimos de Neron, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para más altos destinos en el cielo, fueron decapitados; pero se salvó con gran disgusto de Roma, el más criminal y el más aborrecido, Tigelino. La vagilla propia de Galba era de barro, mas así que pudo gastar vagilla agena, la gastó de oro, lo cual daba margen á que el pueblo le cantase sátiras en el teatro ridiculizando esta mezcla informe de esplendidez y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba, que á fuer de buen patricio no queria extender mucho el recinto de la ciudad, mas le dió de grado á los galos, no sabemos si por lucro ó por agradecimiento. Llevado de una severidad que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en alhajas, en prendas de toda clase habia hecho Neron en su afan de prodigar y malversar los caudales públicos; medida que llevó la confusion al seno de los pueblos, pues la gente que las habia recibido, gente de poco dinero, las habia enagenado, y los compradores reclamaban con justo título la pertenencia de estas alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdía á Galba eran sus

favoritos, gente de mal vivir y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querian explotar á Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista, hombre que habia llevado sus liviandades hasta profanar la esposa de su capitán en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festin del emperador Claudio. Un ladron, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendia todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse; era un peligro permanente para Galba. El escándalo fué tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se salvó de la muerte por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de éste se levantaba Lacon, prefecto del pretorio, envidioso, orgulloso, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso y de una arrogancia tal, que humillaba á la gente más ilustre, y de un amor propio tan desmedido, que creia despreciable y baladí toda idea que no fuese de su mente, y toda obra que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres se encontraba tambien Iceto, para quien la privanza del emperador era como una gran mercancía y el palacio de los Césares un gran mercado. Y lo mismo acontecia á todos los esclavos, á todos los libertos, á todos los amigos,

á todos los domésticos de Galba, que vendían por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales y hasta la verdad y la justicia.

Y esto era más de extrañar, tratándose de un emperador como Galba, que se distinguía por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenía en realidad el oro que le habían dicho, é hizo añadir á los que se la habían regalado dos onzas que faltaban; que licenció la cohorte germánica fidelísima, por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veía bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres á los más fieles y antiguos servidores de su casa; que no quería pagar á las tropas de Roma la sublevación, porque decía que él había conquistado pero no había comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores, y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran más dilapidadores que Neron; pero dilapidadores con menos fausto y menos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido que Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados, que habían gozado grandes preeminencias bajo Neron, que habían elevado en sus hombros al trono á Claudio, que participaban del general contento y de

los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro habían levantado del polvo la púrpura imperial, y la habían puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados á levantarse en armas contra un emperador avaro é ingrato, que solo se curaba de su propio medro, y que había dejado el timón del mundo en manos de infames esclavos y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenía alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, tascaban difícilmente el freno, que no hay cosa más dolorosa que ver convertidas en falsías y engaños, esperanzas acariciadas por la imaginación como prontas á convertirse en realidad. Así es que en una ocasión, como al ofrecer en los juegos un sacrificio á los dioses, dijese el sacerdote la fórmula de «orad porque los dioses concedan salud al emperador,» los soldados murmuraron en voz baja, «si es de los favores de los dioses digno,» palabras que eran un desacato á su autoridad, una amenaza á su poder. Y estos desacatos eran cometidos también por el pueblo, que en el circo consagraba al emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas, en que se burlaba de aquella



su desmedida avaricia. El emperador así abandonado de todos, estaba en realidad herido de muerte.

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureismo una idea estóica en el Imperio. A este fin puso sus ojos en un jóven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este jóven, que se llamaba Pison, habia pasado los dias más hermosos de la juventud en el destierro, y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria, que cubria sus sienes, y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, á cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos más hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imágen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche, en que habia huido para siempre la libertad romana. Así lo trasmite á la posteridad, grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imágen fiel y real de la idea estóica, en que gran parte de la aristocracia se habia refugiado despues de las amarguras que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de comun acuerdo á Galba se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así, encomienda á Pison este

legado, y al verlo jóven y fuerte, se conmueven con una gran esperanza sus entrañas. Pison muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigia á Pison eran el resumen de toda la filosofía estóica. El gran principio de «no hagas á otro lo que no quieras para tí,» fué grabado en la conciencia del jóven. Galba muestra deseo de volver á comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre, ni enteramente siervo. La adopcion se verifica ante los soldados; y ante los soldados y ante el senado, Pison se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiracion contra la eterna lógica de la historia. En un dia querian destruir dos hombres medio siglo de acontecimientos y de grandes revelaciones del espíritu. La naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó á Pison en el campamento, estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuracion del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pison sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se extinguia al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existía la lucha entre dos ideas, entre la idea estoica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podían estar por largo espacio de tiempo dormidos, y habían de disputar el paso á sus contrarios. La idea epicúrea, que llegara á su apogeo en Neron, personificóse en Othon, que había auxiliado á Galba con esperanza de sucederle. Cuando vió la adopción hecha por el César, ardió Othon en ira. Era este Othon un jóven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido á Neron en ideas y en instintos; compañero de los vicios de éste, dado á ir por las noches de casa en casa y de calle en calle inquietando á los pacíficos habitantes; sorprendiendo á las más hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos, y festines; cargado de deudas, pues á sus ojos Neron era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Neron porque se habían vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al día siguiente la derramó Othon delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las más prostitutas mancebas; supersticioso como convenia á un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter, y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de

cuerpo; adulator de la plebe, codicioso del Imperio, no solo por el natural deseo de mandar, sino tambien por libertarse de la infamia con el pago de sus deudas; imágen fiel del emperador que había perdido Roma, de Neron, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya y la humillación de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma solo habían menester para encenderse un soplo. Los soldados habían perdido la esperanza de cobrar el donativo, pues ni en el día de la adopción, día sagrado, les había hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aun de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El senado, perdida su grandeza, no podía avenirse á su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creía encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habían en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del gloton Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas ofreciéndolas al primero que quisiera empuñarlas y esgrimirlas. Galba estaba pues como tendido sobre un volcan, que iba á estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ar-